

había prodigado aquel bálsamo, mas no se atrevió, coartado por una especie de vacilación que, desde hacía algún tiempo, sentía en su presencia. Limitóse pues á besarle las manos y á decirla:

—Tienes perfectamente razón y tus palabras son las de un ángel.

Extraordinariamente contenta por aquel elogio, Marina le sonrió y se dispuso á partir.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki se acercó á la ventana y la siguió largo trecho con la vista. En aquel instante estaba aún más poderosamente convencido de que aquél era el sér más adorable del mundo, de que él no amaba más que á ella y de que la amaría hasta la muerte.

LXI

Dos días después, Polaniecki recibía el siguiente billete de Masko:

«Parto hoy. Al despedirme de tí no puedo menos de darte nuevamente las gracias por la amistad que me has demostrado siempre. ¡Permita Dios que seas más dichoso que yo! Salgo para Berlín en el tren de las nueve. Adios de nuevo, y mil gracias por todo cuanto has hecho por mí.—*Masko*.

Polaniecki se alegró casi de aquella carta, porque le ahorrraba el tener que despedirse personalmente de Masko. Mas, al anochechar, púsose á pensar en aquella partida y empezó á sentir una especie de compasión por aquel desgraciado, y finalmente, al pensar en la alegría que experimentaría

Masko si le volvía á ver, resolvió ir á á la estación á despedirle. Por el camino se le ocurrió que indudablemente encontraría allá á la señora Masko; pero se dijo que un día ú otro tendrían que encontrarse, y que el abstenerse de ir por esta sola razón sería una tontería inútil.

En la sala de espera de primera clase hallábanse sentadas ya varias personas, y junto á ellas veíase gran número de maletas y otros varios objetos de viaje. Polaniecki divisó en seguida, sentada en un ángulo de la sala, á la señora Masko.

—Buenas noches,—dijo mientras se aproximaba á ella.—He venido para despedir á su esposo. ¿Dónde está?

La señora Marko correspondió al saludo con un imperceptible movimiento de cabeza y contestó con frialdad:

—Está tomando el billete; vendrá en seguida.

Precisamente Masko llegaba en aquel instante seguido de un faquín que llevaba el equipaje. Con su holgado gabán negro, su sombrero de copa, sus largas patillas y sus lentes de oro, parecía un diplomático de viaje.

—Me parece que no hemos olvidado nada,—dijo dirigiendo una mirada alrededor de la sala.—Pero y mi maletita, ¿dónde está? ¡Ah! ahí está.

Luego, volviéndose á Polaniecki, á quien había saludado ya, prosiguió:

—Te agradezco que hayas venido. Ya que estás aquí hazme otro favor, acompaña á mi mujer á casa, ó cuando menos hasta el coche. Teresa,—añadió dirigiéndose á su mujer;—el señor Polaniecki te acompañará cuando te vayas.

Y en voz baja añadió:

—Esa no conoce la verdadera causa de mi partida; pero le he aducido una razón plausible que no tengo tiempo de explicarte.

Sonó la señal de partida, apresuráronse todos á apoderarse de sus respectivos bultos y salieron al andén. Masko se detuvo frente al *sleeping car*. La luz del farol le daba de lleno en la cara, y Polaniecki notó que en aquel instante tenía dos profundas arrugas en los dos lados de la boca. A pesar de eso hablaba con toda tranquilidad, como un hombre á quien los negocios le obligaban á ausentarse por algunos días, y que tenía la seguridad de estar pronto de vuelta.

—Con que, Teresa, hasta la vista: saluda de nuevo á mamá en mi nombre y conservaos buenas. ¡Hasta la vista, hasta la vista!

Esto diciendo, tomó la mano de su mujer y la tuvo largo rato apretada contra sus labios.

Polaniecki, que se hallaba algo separado de ellos, pensó:

—Estos dos se ven por última vez, y probablemente dentro de seis meses estarán separados judicialmente. La madre y la hija han tenido el mismo destino: las dos han hecho aparentemente un magnífico casamiento y los maridos de entrambas han tenido que abandonar los patrios lares, dejando á sus mujeres sumidas en el pesar y en la vergüenza.

Masko subió al coche y el tren empezó á moverse. Por algunos breves instantes pudo verse todavía su rostro á través de los anchos cristales del *sleeping-car*... Después el tren desapareció en medio de la obscuridad de la noche.

—Estoy á sus órdenes, señora,—dijo en aquel momento Polaniecki.

Figurábase que ella rechazaría su compañía, cosa que en aquel momento le habría desagradado, porque deseaba hablar no solamente de Masko sino hasta de sí mismo. Mas la señora inclinó le cabeza en señal de asentimiento. También ella tenía su plan preconcebido. Había ido acumulando, por tan largo tiempo, tanto odio en su corazón contra Polaniecki, que estaba resuelta ahora á vengarse, aún cuando él quisiera aprovechar aquella oportunidad de hallarse á solas con ella, cosa de la cual estaba firmemente convencida.

Pero se había completamente equivocado. Polaniecki se había transformado en otro hombre; ahora aspiraba con todas las fuerzas de su corazón á una vida libre de engaños y de falsedad, y su prolongado arrepentimiento había extinguido en él todo deseo. Después de haber subido al coche con ella, empezó á hablar en seguida de Masko, para cumplir la promesa hecha á su amigo y para disponerla á la catástrofe. Habló largamente, á fin de lograr quitarla gradualmente el velo que cubría sus ojos y que le ocultaba el porvenir; y cuando hubo concluido habían llegado ya frente á la puerta de su casa. Fuese que Teresa no hubiese comprendido el significado de sus palabras, ó que estuviera contrariada por no haber podido hallar la manera de vengarse, antes de bajar del coche le dijo:

—Tratando de llevar á mi espíritu la inquietud, debe usted haber seguido un plan especial suyo.

—No, señora,—contestó Polaniecki, aprovechando al mismo tiempo la ocasión para expresar lo que interiormente se había propuesto decirle:—respecto á usted no tengo más que un plan, el de manifestarle que me he portado con usted de una manera indigna, incalificable, y que en este instante le pido que perdone por mi pasada conducta.

La joven señora entró en el soportal de su casa sin contestar. Polaniecki volvió á su casa con el corazón aliviado; parecía haber cumplido su estricto deber. Respecto á lo demás, le tenía sin cuidado que la señora Masko le hubiese entendido ó no.

—De todos modos,—se dijo,—ahora podré á lo menos mirarla tranquilamente á la cara.

LXII

Paulatinamente íbase formando una especie de vacío alrededor de Polaniecki. Casi todas sus relaciones se habían esparramado por el mundo. Svirski y Zavilovski habían partido ya hacia Italia; Osnovski continuaba en Bruselas y la mujer de éste ignorábase donde se hallaba. La señora Bronicz y la señorita Castelli se habían quedado en París, y la señora Kraslavski y la señora Masko no se movían de casa y no recibían visitas. Habíanle quedado únicamente la familia Bigiel y el profesor Vasovski, de modo que actualmente la vida de Polaniecki se deslizaba tranquila. Trabajaba muchísimo

para su Casa y trabajaba más todavía para él. Quería convertirse en un hombre nuevo.

Rodeaba de miramientos y de atenciones á su mujer, y cada día iba haciéndose más sencillo y más afable, no solo con Marina, sino con todos los que tenían que tratar con él. De esta manera sucedíanse las semanas, y solo de vez en cuando venía alguna carta de Svirski á interrumpir la monotonía de aquella vida.

En una de estas cartas, el pintor preguntaba en nombre de Zavilovsbi si la señora Polaniecki permitiría á este último escribir sus impresiones de viaje, bajo la forma de cartas dirigidas á ella.

«He hablado ya mucho con nuestro Ignacio sobre este particular,—escribía Svirski.—El está convencido de que de esta manera le será más fácil el trabajo, y que por otra parte también á vosotros os habrá de gustar oír un eco de este país, donde pasasteis los primeros tiempos de vuestro matrimonio y al cual les unen dulces recuerdos.

»Ignacio está bueno; come y duerme admirablemente. Todas las noches se sienta al escritorio para trabajar, y hasta he observado que trata de poner algo en verso. Pero todavía no lo ha conseguido; le falta el estro poético, pero quizás con el tiempo lo recobrará. Por último tengo que añadir que se acuerda constantemente de la señorita Elena; por la cual demuestra una gratitud ilimitada, y que apenas se le habla de la señorita Ratckovski, su rostro se anima de alegría, por lo cual yo se la recuerdo con frecuencia. ¿Qué quiere usted que haga un pobre diablo como yo? Cuando uno no está destina-

do á conseguir una cosa, es inútil que se atormente para obtenerla, y es mejor hacer lo que yo, dejar tranquilo el corazón.»

A principios de Noviembre llegó de Roma otra carta que dió mucho que pensar á los esposos Polaniecki. Svirski escribía lo que sigue:

«Figúrense ustedes, mis queridos amigos, que la señora Bronicz y la señorita Castelli se encuentran aquí, y que yo he hablado ya con ellas. Tuve inmediatamente noticia de su llegada y, ¿saben ustedes lo que entonces hice? Persuadí á Ignacio para que hiciéramos una excursión á Sicilia. He pensado que si llegaba á caer en manos de la miseria, siempre le costará menos de lo que le costó el derecho de llorar por algún tiempo la sortija de la señorita Castelli. Respecto á esas señoras, yo había adivinado el motivo de su venida. Efectivamente, algunos días después de la partida de Zavilovski, llegó una carta dirigida á él, y yo reconocí en seguida el carácter de letra de la digna viuda del difunto Teodoro, de feliz memoria. Escribí sin vacilar un momento encima del sobre, que Ignacio había salido en dirección ignorada, y envié á su origen la carta. Pero todo esto no es más que el prólogo de la historieta.

» Al día siguiente recibí un billetito en el cual se me invitaba á una entrevista. Contesté en seguida que, con gran sentimiento mío, no podía hacer visitas porque tenía entre manos un trabajo muy urgente. Entonces me mandaron otro billete. Esta vez, (palabras textuales,) apelaban á mi carácter excelente, á mi gran talento, á mi hidalguía, á mi

buen corazón y por último á mi piedad hacia una infeliz con la súplica de que fuera á verlas, ó de que las señalara hora para poder venir á mi taller. ¿Qué debía hacer yo? No me quedaba más que ir y fuí. La señora Bronicz me recibió con lágrimas en los ojos y con un diluvio de palabras, según las cuales Lineta era una segunda santa Inés, una verdadera mártir. Al preguntarla yo en qué podía servirle, la señora me contestó que, antes que todo, se trataba de poder lograr de Zavilovski una palabra de paz porque la pobrecita estaba enferma, tenía una tosecita seca, muy seca, y que á lo más le quedaba un año de vida; pero que antes de su muerte deseaba oír de labios de Ignacio una palabra de reconciliación.

» Después de aquella gran tirada de palabras, he de confesar que me sentí algo enternecido, pero me mantuve firme en mi propósito de no darle las señas ni la dirección de nuestro amigo. Sudaba como si estuviera tomando un baño de vapor, y al fin no pude menos que prometerle que la primera vez que Ignacio me hablase de Lineta, yo le comunicaría el deseo de ésta.

» Pero no acaba aquí la historia. Mientras estaba pensando para mis adentros, y con gran satisfacción, que ya me la había quitado de encima, entró de repente la señorita Castelli, y rogó á su tía que la dejara un momento sola conmigo. Le hago observar de paso que realmente está muy flaca, que parece todavía más alta que antes y que se parece á uno de esos chopos que un golpe de viento puede

echar por tierra. Apenas hubimos quedado solos, ella fué á sentarse en frente mío, y me dijo:

»—La tía trata de excusarme. Lo hace porque me quiere, mas yo no puedo soportarlo por más tiempo, y le declaro á usted francamente que me reconozco muy culpable, que he sido mala y ligera y que me he merecido mi infelicidad.

»Estas palabras, como era natural, me sorprendieron; pero he tenido que reconocer que en aquel momento Lineta era sincera, porque le temblaba la voz y sus ojos estaban humedecidos por el llanto. Ya sabe usted que tengo un corazón tierno como la manteca, y por lo tanto no se extrañará usted si le digo que me sentí profundamente conmovido, y la pregunté que era lo que podía hacer por ella. La joven me contestó que deseaba únicamente que yo diese crédito á sus palabras, ó sea que ella no tenía parte alguna en los esfuerzos de su tía para poder reanudar sus relaciones con Zavidovski, y por último que no olvidaría jamás que ella había sido la única culpable de tan desgraciados sucesos,

»¿Qué le parece á usted? ¿Habría usted jamás creído posible todo esto?

»Dos cosas hay claras para mí: la primera, que el suicidio intentado por Zavidovski la conmovió profundamente, y la segunda, que es muy desgraciada, si no está también muy enferma. Ahora me acude á la memoria la frase de la señora Zavidovski; que un día usted me repitió, esto es: que jamás se debe desesperar de que, mientras dure la vida de una persona, se vuelva mejor de lo que es. Por mi parte, sé perfectamente que en este mundo hay

caracteres femeniles mejores é incomparablemente mucho más nobles que éste; pero sé también que sería indigno y execrable en mí, el creer que yo pudiese arrojarla la primera piedra.»

Como era natural, el contenido de esta carta produjo una gran impresión. y por largo tiempo fué el tema principal de todas las conversaciones entre las dos familias Bigiel y Polaniecki, y en ellas vino á conocerse cuanto había cambiado este último en estos tiempos. Antes, no habría hallado palabras suficientemente enérgicas para condenar á la señorita Castelli; en cambio ahora, respondiendo á una pregunta de la señora Bigiel, que le pregunta si no reconocía en toda aquella historia una muy astuta maniobra de la señorita Lineta, él hubo de decir:

—No, es demasiado joven para eso, y yo la creo sincera. Mucho es ya que ella haya reconocido, sin tratar de excusarse, su culpabilidad, y esto demuestra que está cansada de mentir. Ahí tiene usted, por ejemplo, á Masko. Este reconoció en varias ocasiones que seguía por la senda del deshonor, pero en seguida buscaba fuera de él razones que le pudieran disculpar. «Entre nosotros es necesario hablar así,» ó bien: «de todo eso, quien tiene la culpa es nuestra sociedad; yo no puedo pagar con otra moneda que con la que circula entre nosotros;» éstas y otras parecidas eran sus excusas, todas las cuales, en mayor ó menor grado, tienen una base falsa. Se necesita cierto valor para poder decir: «La culpa es toda mía,» y quien posee este valor vale algo todavía.

—Según eso,—repuso la señora Bigiel,—¿cree

usted que Zavilovski haría bien reconciliándose con ella?

—No lo creo; pero lo considero posible,—contestó Polaniecki.

Pronto, empero, decayó el vivo interés que aquella noticia había promovido, ante la grave inquietud que empezaba á despertar el estado de salud de Marina. Sufrió frecuentes y fuertes palpitations de corazón, y á veces se sentía tan fatigada que no se podía levantar, sino con mucha dificultad, de la silla de brazos en que solía estar sentada. Después vinieron vivos dolores en la espalda y frecuentes mareos. En el decurso de estos ocho días se había cambiado de tal manera y se había puesto tan flaca, que hasta el médico empezó á preocuparse. El rostro diáfano de la pobre señora tomaba á veces un color azulado; especialmente cuando tenía cerrados los ojos, presentaba un aspecto cadavérico. La señora Bigiel, que pasaba por una mujer que nunca desconfiaba, no podía verse libre de un triste presentimiento, especialmente después que el médico hubo tenido que declarar claramente que, en tales condiciones, no solamente sería difícil que la enferma pudiera sobrellevar con felicidad la maternidad, sino que, hasta sobrellevándola, las consecuencias de ésta podían ser sumamente peligrosas.

Marina era la única que no había perdido la esperanza, aun cuando se sentía cada día más débil y aniquilada.

Polaniecki no tenía esperanza alguna. Vivía en un momento tan grave para él, que todo lo que ha-

bia sufrido para el pasado le parecía nada con aquella espantosa angustia que rayaba á veces en desesperación.

Había habido una época de su vida en que creía que un hijo era la cosa más importante en un matrimonio; en cambio ahora habría renunciado de muy buena gana no sólo á un hijo, sino á todos los que pudiera tener en lo sucesivo, con tal que se salvara su mujer. Oprimíasele cruelmente el corazón cada vez que Marina con débil acento le repetía la pregunta que muchas otras veces le había dirigido ya.:

—Stach, ¿y si fuese un niño?

En aquel instante habría querido caer á sus pies para decirla:

—¿Qué me importa el niño? Me basta con que me quedes tú.

Mas en vez de hacer esto, tenía que mantenerse tranquilo y sonriente, y asegurarla que ahora le era ya indiferente que fuese un niño ó que fuese una niña. Habíale asaltado de nuevo la inquietud que antes le había turbado ya; y la esperanza que en él habían despertado las palabras de Marina, á saber que el arrepentimiento hace perdonar la falta, se había desvanecido por completo. No podía alejar de su mente la triste idea de que la enfermedad de Marina debía ser una consecuencia de su pecado. Al mirar aquel rostro pálido y demacrado, se decía con frecuencia:

—Sólo un loco puede creer aún que sea posible salvarla.

Luego trataba de leer en el semblante de los pa-

rientes un rayo de esperanza. Parecía una injusticia que los ojos de aquella mujer tuvieran que cerrarse para siempre, antes de que él hubiera podido demostrarle cuánto la quería antes de que ella se hubiera apercibido de que él se había enmendado y de que su falta de atención y su egoísmo habían desaparecido para siempre, antes de que la hubiera dicho que ella había llegado á ser el alma de su alma, y que no solo la amaba sobre todas las cosas del mundo, sino que la adoraba.

El médico y la señora Bigiel le advertían todos los días de que no dejara notar sus penas y angustias á la enferma, y él mismo comprendía que tenían razón. Mas este violento esfuerzo sobre sí mismo le producía nuevas penas. ¿Y si ella hubiese atribuido esa calma artificial, esa indiferencia lograda con tanta fatiga, á carencia de corazón, y hubiese muerto con la persuasión de que él no la amaba? Las noches de insomnio, la fatiga y la angustia acabaron por reducirle á un estado de exaltación nerviosa que le hacía ver el peligro, ya bastante grande de sí, más grande todavía.

A principios de Diciembre regresaron á Varsovia Svirski y Zvilovski, después de dos meses de ausencia en Italia. Cuando por vez primera volvieron á ver á Polaniecki, quedaron asustados del cambio tan radical realizado en su aspecto, y de su absoluta indiferencia por todo cuanto pasaba en torno suyo.

No prestó atención alguna á sus palabras de consuelo; y pareció que no oía la relación de los suce-

sos acaecidos, que le hacía el excelente pintor, con la esperanza de distraerle.

¿Que le importaba á Polaniecki el destino de Zvilovski, ni la señora Bronicz, ni la señorita Castellí, cuando su Marina podía morir de un momento á otro?

Svirski, que profesaba una verdadera amistad á Polaniecki y á Marina, corrió en seguida á ver á la señora Bigiel, con la esperanza de oír alguna palabra algo consoladora; pero también ésta había perdido ya toda esperanza. A pesar de todo, el pintor trató de infundirle algún valor, haciéndoles observar que mientras hay vida hay esperanza; mas la señora Bigiel prorrumpió en llanto y exclamó:

—¡Pobre Marina!... ¡Y hasta él me asusta! ¡Si á lo menos le pudiera quedar el hijo, para hallar en éste el valor suficiente para soportar el golpe!

Y después de haberse secado los ojos, añadió:

—Lo que no alcanzo á comprender poco ni mucho es como lo hace él para poder tenerse en pie.

Y era verdad. Polaniecki casi no comía y no cerraba los ojos ni de día ni de noche. Ni por un solo instante abandonaba el lecho de la enferma, y sólo alguna que otra vez salía por la noche para proporcionarse flores, porque no olvidaba que á Marina la gustaban mucho.

Ahora también ella sospechaba que se aproximaba su fin. Con su marido no quería hablar de eso, pero una vez, estando con la señora Bigiel, le saltaron las lágrimas, dominada por el pesar que le causaba tener que separarse de la vida y de su Stach.

Sufría ante la idea del dolor que á este último le había de causar su muerte. Por un lado deseaba que él tuviese que llorarla mucho, y por otro lado deseaba no tener que padecer demasiado.

Durante largo tiempo fingió, en presencia de su marido, que estaba segura de su próxima curación: mas al fin resolvió hablarle con claridad. Considerábalo como un deber, y cierta noche, mientras se hallaba á solas con él, apoderóse de una de sus manos diciéndole:

—Stach, tengo que hablarte, y pedirte un favor.

—¿Qué deseas, vida mía?—la preguntó Polaniecki.

Marina permaneció un instante pensativa, discutiendo la manera de formular su petición, y luego contestó:

—Prométeme... Ya sé que tengo que curar... pero prométeme que... aun cuando sea un niño, le amarás lo mismo y serás bueno con él.

Polaniecki, hizo un esfuerzo sobrehumano para ahogar los sollozos que amenazaban destrozarle el corazón, y contestó con afectada calma:

—Amor mío, tesoro mío; yo os amaré siempre á tí y á él. ¡Puedes tenerlo por seguro!

Marina quiso llevar á sus labios la mano de su marido, pero débil como estaba, no lo consiguió. Dirigióle una triste sonrisa llena de gratitud, y dijo:

—Otra cosa todavía... No creas que mi estado sea más grave de lo que es... no, pero desearía confesarme.

—Está bien, hija mía,—balbuceó él con alterado acento.

Y acordándose de que él, una vez, le había recordado qué era el servicio de Dios, trató de vencerle de que ahora únicamente se trataba de cumplir un simple deber religioso, y sonriéndose le repitió:

—Un sencillo deber para con Dios, para con la religión.

La confesión tuvo lugar al siguiente día. Polaniecki creía ver en esto el fin seguro de todo, y casi se asombró al ver á Marina viva aún, y hasta de notar en ella una ligera mejoría.

A eso de media noche tuvo con él una discusión, como de costumbre, porque él no quería ir á descansar un poco. Al principio, Polaniecki no se quería dar á partido, sosteniendo que había dormido durante el día, y que por esto no se sentía cansado, cosa que no era absolutamente cierta. Mas, ante la viva insistencia de la enferma, resolvió complacerla, por haberle hecho observar, además, la señora Bigiel que por de pronto no había peligro alguno, y que para velar la enferma hallábanse allí, á más de ella, una enfermera y el médico. Después que hubo abandonado la habitación de la enferma, Polaniecki se sentó en un cómodo sillón de brazos, que estaba inmediato á la puerta, y pasó allí casi la mitad de la noche, con el oído siempre atento.

Al menor ruido, estaba ya en pie, y cuando éste cesaba, volvía á ocupar su asiento. Sus pensamientos, sucedíanse unos á otros rápidos y confusos, como sucede siempre cuando la imaginación está cansada, y hay pendiente la amenaza de un peligro. Luego fueron perdiéndose poco á poco en una

especie de danza cada vez más fantástica y, apesar de su robusta constitución física, empezaba ya á dominarle el sueño. Maquinalmente se repetía á sí mismo que Marina estaba en peligro de muerte, y que por lo tanto no debía dormir; mas estas excitaciones no producían efecto alguno sobre él, y sobreponiéndose al fin la fatiga y la necesidad de dormir, quedó sumido en un sueño pesado y profundo, en el cual se perdieron por completo la realidad y el mundo todo, en el cual la vida parecía haberse petrificado.

Por la mañana, un golpe dado á la puerta le despertó.

—¡Señor Estanislao!—llamóle en voz baja la señora Bigiel.

Púsose en pie de un salto y, volviendo súbitamente á la realidad de las cosas, entró en la habitación de la enferma. Lanzó una única y rápida mirada al lecho de Marina, mas cuando vió cerradas las cortinas, tambaleóse como si estuviera borracho.

—¿Qué ha pasado?—murmuró con los labios pálidos de terror.

La señora Bigiel, le contestó en voz muy baja, pero con voz trémula por la emoción:

—Tiene usted un hijo.

Y apoyó el índice sobre sus labios, para imponerle el silencio.

LXIII

Sucedieron días difíciles. Era tal la debilidad de Marina, que su vida se podía comparar á una lucecita que estuviese á punto de acabarse. Mas al fin la juventud y su organismo se sobrepusieron, y al mejor día la enferma despertó de aquella especie de prolongado letargo y pidió de comer. La señora Bigiel, que aquella noche la había velado, llamó inmediatamente al médico que dormitaba en la habitación inmediata, y pocos minutos después, éste, abandonando la habitación de Marina, contestó á Polaniecki, que le había preguntado cómo estaba Marina:

—¿Cómo se halla?... Id á verla y dad gracias á Dios.

Polaniecki entró de puntillas en la habitación de su mujer. Marina miraba en torno suyo con ojos claros, y apenas se apercibió de la presencia de su marido, le dijo:

—Stach, me encuentro bien, ¿sabes?

—Tanto mejor, niña mía,—contestó él en voz baja.

Fué á sentarse silencioso junto á la cabecera de la cama, no atreviéndose á hablar por temor de cansarla. Apoyó la cabeza sobre el cobertor y permaneció largo rato contemplando á la enferma.